

# **INFIERNO DE PAZ**

Luis F. Ospino Pérez







**OBRA PROTEGIDA BAJO DIRECCION NACIONAL DE DERECHO DE AUTOR  
10-775-66**

© **2018**

© **SÉPTIMO EDITORES**

Santa Marta, Colombia [septimoeditores@gmail.com](mailto:septimoeditores@gmail.com)

#### DERECHOS DE USO

Queda prohibido copiar, reproducir, distribuir, publicar, transmitir, difundir, o en cualquier modo explotar cualquier parte de este libro sin la autorización previa por escrito de **SÉPTIMO EDITORES**

Sale de la guerra, paz; de la paz, abundancia; de la abundancia,  
ocio; del ocio, vicio; del vicio, la guerra.

Francisco de Quevedo

*A Gabriela*



## PRIMER DÍA DEL ACUERDO

Cuando el presidente anunció la paz, muchos compatriotas hacían sus quehaceres, pocos le prestaron atención a su intervención televisiva. El país sufría de blasfemia.

La firma del Acuerdo entre la guerrilla más antigua de América conocida como las Farc y el gobierno de Colombia marcaba el inicio del fin de años de lucha subversiva, para el gobierno una persecución desgastante y azarosa, para los ciudadanos ajenos al conflicto, el cese de los mecanismos brutales de guerra sin ningún resultado, solo el de cada día arrojar más muertos, sin importar el bando, se derramaba la misma sangre de pobres paisanos como un círculo demencial donde no importaba más que las secuelas bélicas.

El presidente con su rostro apacible, voz afable y acompañado por el máximo jefe de la organización guerrillera vestido de uniforme verde oliva expresaba en su contexto lo que significaba para el país ese gran logro. El jefe guerrillero permanecía inmóvil a su lado.

—Ya era hora que dejáramos de matarnos—dijo un viejo comensal de pie frente al televisor en uno de esos comederos de trabajadores. El viejo vestido con botas y overol miraba a su alrededor. —Hay que ponerlos a trabajar— enfatizó, —¡Como debe ser!—Terminó diciendo buscando un lugar donde acomodarse. Era albañil, con el título de maestro de obra, que al igual que los otros asistentes vivían de lo poco que les podía dejar sus trabajos.

—¡Psst. . ., hija!—llamó a la mesera—traígame una cerveza, que voy a brindar por el Presidente.

En el televisor continuaba la alocución presidencial con cifras, promesas y hasta la asignación de otra fecha histórica patria que se tenía que celebrar en este caso como un día de independencia, el día de la paz nacional. Cuando el presidente hizo el anuncio se escucharon aplausos, se escuchó por primera vez alegría, pero una alegría escéptica que limitaba a la gente a darse opiniones con recelo.

El presidente mientras escuchaba las palabras del comandante en jefe de la guerrilla expresar su discurso con vocablos vehemente y recalando que fue su voluntad de deponer las armas más no una derrota; en su cabeza se imaginaba un jolgorio nacional donde la gente se reconciliaba unos con otros, una inspiración honesta y de buena fe, pero un tanto apasionada, pensó.

Cuando el comandante terminó se retiró del atril, caminó unos cuantos pasos hacia adelante al igual que el presidente, retiró de su cintura la reata con una funda vacía que dirigiéndose hacia el presidente entregó como protocolo. El presidente estrechó su mano con una amable sonrisa mientras el comandante permanecía con su aspecto severo en el semblante donde se exponía una abundante barba perfilada y sus lentes. Se veía saludable y de buena forma atlética, pese a sus años la selva no había hecho estragos en su piel, aspecto que detalló muy bien el presidente intentando parecer a la altura de las circunstancias, mostrando un trato jovial y a la vez de fuerza física.

El estrechón de mano duró lo que tenía que durar, era la foto oficial, la historia vivida, la reconciliación nacional. El comandante se acercó aún más al presidente, un poco receloso tal vez por tantos años de lucha, le expresó casi al oído:

—Aquí salvamos más de cincuenta mil almas.

La frase nada más fue escuchada por el presidente. El apretón de mano se tornó tan tenso que ninguno de los dos daba su brazo a torcer porque en el fondo de la vanidad, para ambos, podía ser considerado una debilidad.

El fuerte aplauso de los asistentes fue lo que les hizo recordar en un segundo que estaban de reconciliación y disimularon. Los flash seguían pero los protagonistas ya estaban separados, la paz oficialmente firmada comenzaba y las campanas de cada iglesia desde catedrales hasta la más pobre del último pueblo del país tenían la orden suprema de hacerla replicar a la hora acordada para la